

El esplendor formativo del absurdo más provocador

Bajo la lupa es un espacio que aboga por una lectura detenida y exhaustiva, por la implicación de la experiencia del lector en el análisis de la obra y por la idea de que ninguna lectura o estudio es definitivo ni concluyente.

En *Cejunta y Gamud*. Antonio Fernández Molina; dibujos de Alejandro Magallanes. - Valencia: Media Vaca, 2006

En *Cejunta y Gamud*. Antonio Fernández Molina. Madrid: Prensa y Ediciones Iberoamericanas, D.L. 1991

En *Cejunta y Gamud*. Antonio Fernández Molina. Madrid: Heliodoro, 1986

“Y, a lo largo de su vida, Antonio Fernández Molina se aplicó a dibujarse a sí mismo como artista. Llegó a serlo, por supuesto. Es lo que hoy, quizá demasiado tarde, celebramos” (1). Son las palabras con las que José Carlos Mainer termina una espléndida semblanza sobre la figura de Antonio Fernández Molina (2). Y es que lo que caracteriza al autor de *En Cejunta y Gamud* es su condición de creador total, de artista, de poeta, pintor, narrador, ensayista... de gran genio romántico que estuvo más cerca del creador del siglo XIX que del que se dibujaba en los siglos XX y XXI, tal como el propio escritor nos recuerda en los *Fragmentos de realidades y sombras* (3).

Antonio Fernández Molina caminó entre el romanticismo y las vanguardias en un momento, el de los años cincuenta, en que la generación de escritores a la que, en principio, pertenece, se caracterizaba por una formación universitaria y una vinculación al realismo crítico evidente. Su obra se inserta en una suerte de segundo postismo y en la proximidad de dos de sus maestros inexcusables: Ángel Crespo y Miguel Labordeta, poeta este último por quien se instala en Zaragoza.

Intentar definir la obra de Fernández Molina es una tarea harto complicada. Sin lugar a dudas, son

atribuibles a su propio universo las palabras que él mismo dedicaba a Picasso, uno de sus maestros: “Si la exaltación visual se transmuta en sus pinturas en un estado de revulsión permanente de la imagen, ésta se transfiere en sus poemas en una exaltación verbal que discurre a través de los aspectos de la realidad que mantuvieron despierto su interés” (4).

Y ése es en definitiva un buen resumen de la esencia de la obra de Fernández Molina, lo que hizo escribir a Fernando Arrabal al prologar las *Poesías Completas* del autor (Zaragoza: Libros del Innombrable, 1999 y 2000, 3 volúmenes) que al menor descuido las imágenes invadían el verbo irremediamente. La dialéctica entre realidad e imaginación es uno de los temas que sustenta su creación, además de la transformación que sorprende cada uno de sus versos, relatos, pinturas e incluso ensayos. “La belleza consiste en transformar el mundo”, “La realidad me fascina”, son frases que leemos en muchos de sus prólogos, colaboraciones en la prensa, intervenciones en público. Así, refiriéndose a la realidad escribía: “La encuentro mucho más sugestiva que la imaginación. Cuando miro cuanto me rodea, siempre descubro algo de insólito, de increíblemente ‘fantasmal’. Y en el arte que me interesa suelo ver una transcripción, un testimonio de esta circunstancia” (5).

Sin embargo, tal como señalan J. C. Mainer o E. Moga, Fernández Molina es el adalid de la imaginación. Su mundo parte de la contemplación de lo cotidiano para trascenderlo y transformarlo en otra suerte de universo, enraizado en la más pura tradición surrealista (“la solución la tienen las almohadas”, solía decir). En este sentido, se ha llegado a contemplar en él un precursor del realismo mágico (6).

En la obra de Fernández Molina, sea del género que sea, descubrimos paisaje y miradas, sentimos las huellas de Quevedo, Goya, García Lorca, Buñuel, Gómez de la Serna, al lado de influencias románticas, simbolistas y surrealistas como las de Novalis, Vallejo, Larra, Darío, Amado Nervo, Huidobro, Rimbaud, Mallarmé y su siempre adorado Miguel Labordeta. Y más allá, al lado de la impronta de Kafka, Gorki, Grosz o Dubuffet y Michaux, nos sorprenden los ecos de una tradición transformada por las vanguardias más experimentales que nos devuelven poemas visuales, juegos fonéticos y aforismos sin tiento (7).

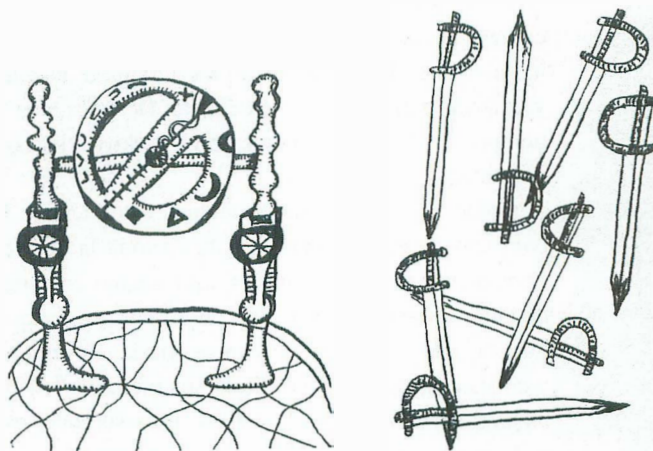
Quizá parezcan al lector extensos estos preliminares. Nada más lejos, sin embargo, si tratamos de *En Cejunta y Gamud*, obra en la que, a nuestro parecer, se recoge la esencia del universo de Fernández Molina. Esta obra se publicó en 1969 en la editorial Monte Ávila, en Caracas, con ocho relatos menos de los que componen las ediciones posteriores. En España apareció, ya completo, en Heliodoro (Madrid, 1986) y después en Prensa y Ediciones Iberoamericanas (Madrid, 1991) dentro de la colección “Los libros de doña Berta”. Tanto en una edición como en otra, los textos están salpicados de imágenes del mismo escritor. Finalmente la editorial Media Vaca ha publicado los textos del escritor leídos e interpretados por las ilustraciones de Alejandro Magallanes.

Un conjunto de relatos breves que narran las costumbres de dos pueblos contiguos constituyen las páginas de *En Cejunta y Gamud*. Sin lugar a dudas, Fernández Molina muestra aquí su condición de artista “multiplicado” y descubre las constantes de toda su obra que lo llevan a ser considerado como uno de los escritores que más ha influido en la construcción del microrrelato contemporáneo, tal como señala David Lagmanovich (8).

En estos relatos breves se refleja el particular universo de A. Fernández Molina, su concepción total de la poesía de tal manera que afirma que todo género literario es bello en la medida de la poesía que contiene.

“Una novela de Stendhal no sería lo que es si no tuviese una poesía esencial. Yo soy un poeta que pinta, hace versos y escribe prosa. Creo en la belleza plástica que está en la calle.” Así hablaba en una entrevista que le realizó J. L. Calvo Carilla para la revista *Quimera* (9).

Los microrrelatos de esta recopilación se hacen eco de esa proclividad del autor a lo fragmentario para componer un mundo posible en el que reina la curiosidad hacia lo paradójico y excepcional. El especial desconcierto que sorprende al lector desde las primeras líneas sin tiempo apenas para reaccionar



© Antonio Fernández Molina. *En Cejunta y Gamud*. Madrid: Heliodoro, 1986

dejándolo al final sumido en la perplejidad más absoluta hace que el propio autor defina el género en el que se mueve maravillosamente como “un gesto de elegancia del escritor hacia el lector bien preparado y formado” (10).

No hablemos sobre el vacío. Pongamos un ejemplo o dos:

“En Gamud sienten gran interés por la enseñanza y al tema le dedican frecuentemente tratados, conferencias y coloquios. La disciplina en las aulas se basa en el castigo equitativo. Si hay un niño cojo y otro le insulta llamándose, al ofensor se le deja cojo en la misma medida. Así no podrá ser injusto de nuevo con su compañero y su maldad queda castigada. Si un niño a un compañero tuerto le llama ‘tuerto’, a él se le arranca un ojo.

Pero no se piense que los niños de Gamud sean imbéciles y estén decididos a formar legión entre los cojos y los tuertos. Para insultar a un cojo le llaman ‘ojoc’ y a un tuerto ‘otreut’. Entonces sólo puede amonestarles, y al ser castigo inocuo, la mayor parte de las veces se hace la vista gorda.

Tampoco se les castiga severamente si le llaman a otro ‘lameculos’, ‘lirón’, ‘soplagaitas’ y otros insultos por el estilo.

La dificultad está cuando a uno que lo es, con ánimo de agraviarle, se le llama ‘hermoso’, ‘inteligente’ o ‘afortunado’. Todavía no se ha llegado a determinar claramente qué sería oportuno hacer en esos casos y surgen situaciones curiosamente indecisas”.

“A veces cuando alguien muere en Gamud, la familia opina:

- No está muerto, lo que pasa es que le ha entrado una fuerte soñarrera. Y lo dejan en la cama hasta que termina por decir:
- No está muerto, está dormido, pero como no se va a despertar nunca, da igual echarle al hoyo. Lo enterraremos.

Pero sucede que entonces empieza a cundir el ejemplo y llega un momento en que es peligroso hasta echarse la siesta. Encontrar a alguien dormido y enterrarlo es un suceso frecuente. Después, con el tiempo, los ánimos se apaciguan y todo vuelve a la normalidad”.

Cómo no sonreír cuando leemos estos textos. El conflicto existencial que transita en toda la obra de Fernández Molina se muestra aquí mismo en forma de angustia existencial teñida de humor, lo que asegura las luces y las sombras en su poesía, en su prosa y en su vida. No en vano, tituló sus memorias *Fragments de realidades y sombras*, esas sombras que no son sino mundos posibles que se nos prometen como remedio inexcusable entre la alegría de ser y la conciencia clara de la muerte. Cejunta y Gamud son pueblos posibles que nacen de esa magia que el poeta adivinaba en todos los objetos y, por ende, en la propia realidad. Son costumbres que nos extrañan, que nos dejan atónitos y que, sin embargo, no resultan en ocasiones menos arbitrarias que las que consideramos “razonables” o que las que nos justifican cada día. Todo nace de la realidad observada con la ingenuidad de un niño que la pretende y que nos recuerda el héroe de *Solo de trompeta*, novela paradigmática en la trayectoria del autor:

“Nadie sabe si los habitantes de Cejunta son ciertamente amigos de los de Gamud porque sobre este punto existen contradicciones, aunque los hechos se repitan con bastante precisión.

Cuando un cejunense se encuentra con un gamudense hablan y siempre conciertan una boda, beben mucho y manifiestan una alegría desbordada. Pero de vuelta, cada uno en su casa, despiertan sus recelos y se dicen: ‘Esperaré a ver qué hace, no hay que fiarse nunca’. Y la próxima vez que se encuentran, temerosos de que el otro se les adelante, se abalanzan a un tiempo y se matan a puñaladas. Los municipios de Gamud y de Cejunta intercambian las exequias y gastan fuertes sumas en imprimir folletos sobre temas amables que se reparten gratis en ambas poblaciones”.

Quizá no sea tan alejado de la realidad que nos rodea, quizá no nos parezca tan ajeno como quisiéramos. Un narrador poco fiable, que sabe pero no mucho y que guarda en sus entrañas los ecos de la mejor tradición oral –tanto maravillosa como de costumbres– aproxima al lector con la mayor naturalidad a un mundo onírico en el que todo puede suceder siempre que se observe las leyes internas que lo rigen. El humor del absurdo rebosa en cada página produciendo un distanciamiento ciertamente saludable que nos acerca a un realismo mágico, más próximo a De Chirico quizá que la realidad hispanoamericana, aunque de ella haya elementos indudables. Lo



© Alejandro Magallanes. *En Cejunta y Gamud* de Antonio Fernández Molina. Valencia: Media Vaca, 2006

escatológico, lo monstruoso que puebla este mundo de los sueños tiñe de elementos goyescos no pocas páginas de esta obra.

Cómo no descubrir en textos como estos las huellas de Gómez de la Serna en la yuxtaposición de realidades dislocadas, el surrealismo con todas sus realizaciones, cómo no entrever a Gracián en un mundo conceptista del que Fernández Molina hizo gala a menudo, a Apollinaire o el mundo de OULIPO como estímulos frecuentes en la creación. Y aquí y allá, Hugo, Breton, las huellas del cine, Max Aub en la mordacidad, Dalí en el universo imaginario, Cortázar en las construcciones redondas y centripetas de los relatos breves, Monterroso en la piqueta irónica que construye deconstruyendo, Jardiel salpicando aquí y allá el absurdo más provocador.

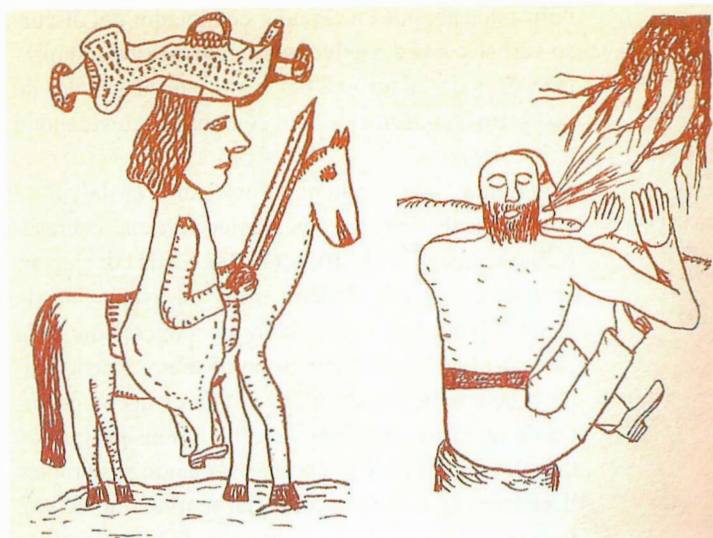
Y poco a poco, el lector se va sumiendo en un mundo en el que hay hombres que “prefieren violar la ley a cometer una injusticia” –son los hombres del Ojo en la Nuca–, y otros hombres que “no violan las leyes aunque sean injustas”. También encontramos hombres verdosos que no procrean pero hacen cumplir las leyes enérgicamente o leemos en las paredes de Cejunta un aforismo tan sabio como “No basta ser imbécil por la mañana, hay que serlo también por la tarde”. Eso sí el aforismo está tachado y dice el saber popular –de estos dos pueblos–: “He aquí la posibilidad de demostrar lo contrario”. El dinero en Cejunta sólo sirve para ser pobre porque “las reglas del juego son distintas”. Y de repente aparecen aquí y allá, cíclopes, gigantas, niñas con coronas de hierro...

“En Cejunta las niñas de catorce años, los días de fiesta, se colocan en la cabeza una corona de hierro y pronuncian palabras en un idioma incomprensible que después no recuerdan.

Esta costumbre endurece sus pechos, regula su menstruación y les impide crecer demasiado, lo que para ellas sería fatal, pues en Cejunta tienen la costumbre, el último día del año, de despedazar a las gigantitas y echarlas en trozos a los perros”.

A esta altura no nos será difícil retomar las palabras de Fernando Arrabal y comprobar cómo el verbo de Fernández Molina –su prosa y su lírica– es invadido por la imagen. Él mismo definió sus relatos como una manera de “pintar con palabras lo que imaginaba” (11). Y así, en ese ciclón expresivo que fue toda su obra, las dos ediciones españolas primeras iban acompañadas de las viñetas del escritor, esta vez en su faceta de creador plástico. Las ilustraciones de Fernández Molina suponen una lectura del texto que potencia lo abstracto y simbólico –quizá en una suerte de eco de los dibujos lorquianos que entusiasmaban al escritor– en detrimento de otras características que hemos señalado. Así pues, los textos se pueblan de imágenes de la baraja –al fin y a la postre, vida y muerte entremezcladas–, de monstruos oníricos que se esconden aquí y allá y que convierten el libro-objeto en un libro ilustrado –en el caso de la edición de Heliodoro tiñendo los párrafos de colores, en la línea del vanguardismo más sugerente–. El simbolismo onírico de las ilustraciones abre los caminos de interpretación surrealistas connotando desde la vertiente simbólica toda una realidad posible que se interna en el mundo de la sugerencia y rayando, en ocasiones en la miniatura ornamental ciertamente sofisticada. Así planteado, *En Cejunta y Gamud* se convirtió en un libro de una belleza espléndida pero de lectura un tanto complicada. Buscando, eso sí, ese “gesto de elegancia que requiere un lector instruido y preparado”. Ningún libro queda inmune a la influencia de la ilustración y así ocurre en el que nos ocupa.

Cuando Vicente Ferrer, editor de Media Vaca, se propone recuperar este conjunto de microrrelatos entiende con muy buen criterio que *En Cejunta y Gamud* forma parte de ese conjunto de libros que a él le hubiera gustado encontrar en el mercado. Asimismo, fiel a sus propias consignas, defiende que los lectores jóvenes tienen derecho a crecer con textos en que los caminos se abran y no se cierren, textos que busquen al lector que no al leedor del que hablaba Pedro Salinas (12), textos de calidad que acerquen al receptor a otros textos, textos que provoquen, que sugieran, que hagan disfrutar. Y *En Cejunta y Gamud* se cumplieron esas condiciones. Y una vez más, como suele suceder en Media Vaca, Vicente Ferrer buscó el ilustrador que pudiera interpretar los




© Antonio Fernández Molina. *En Cejunta y Gamud*. Madrid: Heliodoro, 1986

textos de Fernández Molina y, sin lugar a dudas, acertó. Alejandro Magallanes leyó los textos de otro modo y nos ha dejado su peculiar versión de los habitantes de Cejunta y Gamud (13) desde la ironía y el sentido de la sátira que caracteriza a este diseñador gráfico e ilustrador mejicano, en la línea de El roto o incluso de José Luis Cano –y que posee una fuerza expresionista en las imágenes siempre comprometidas y proclives a la denuncia social– que nace de la propia tradición mexicana, pasando por los expresionistas alemanes y tomando el aliento de Dubuffet con rasgos inequívocos del cómic. La muerte y la vida, los personajes monstruosos, esperpénticos, caricaturescos pueblan entre luces y sombras las páginas de una edición –cuidada en todos sus detalles, desde las guardas hasta la áspera solidez del papel–, en fondos marrones y negros combinados con el blanco de vez en cuando. Son los colores del sueño. Un mundo onírico y desgarrado que se desprende del texto y que el ilustrador potencia desde el sentido del humor extremo. Las imágenes conducen al receptor a la tierra más profunda, lugar en el que nacen las figuras deformes y fantásticas que forman la constelación de personajes de estos dos pueblos de costumbres tan curiosas. La imagen centra las propuestas del texto, les concede cuerpo y anclaje y dirige la lectura desde la perspectiva humorística aprovechando la fuerza plástica de las palabras. Dos interpretaciones distintas las que ofrecen desde la imagen el autor de los textos y Alejandro Magallanes. Desde luego, la de este último recoge y centra las sugerencias de un texto muy abierto, como corresponde al género del microrrelato y a la corriente en que se inserta, estableciendo una tensión eficaz entre imagen y palabra, una tensión constructora de sentidos. Fernández Molina, por el contrario, se inserta en una línea sim-

bólica que abunda en el poder connotador del discurso verbal y nos devuelve un mundo onírico interpretado en toda la riqueza del texto, construyendo, de esta forma, un lector modelo con una intertextualidad más compleja.

Vicente Ferrer contempla este libro en la colección “Grandes y pequeños”, colección que expresamente renuncia la clasificación por edades del lector, entendiéndolo como Nodelman que la asignación de lectores por edades no es sino una concreción de la censura (14). Y una vez más, no podemos sino aplaudir el acierto de un editor que confía en la competencia de un lector que tiene derecho a transitar por los difíciles senderos de la libertad, tomando sus propias decisiones en la construcción del sentido. La lectura, la educación literaria, la formación de lectores, tiene que basarse en la elección de textos abiertos, sugerentes y provocadores que no dejen al lector indiferente, que le exijan una implicación en la construcción del propio mensaje, que no cierre horizontes sino que los abra, tal como defiende Michèle Petit y corrobora en un reciente artículo Marcela Carranza (15). En estos días en los que el mercado editorial –y no sólo editorial– impone necesidades y las crea desde la uniformidad más peligrosa, constituye un verdadero alivio encontrar obras como la que hemos comentado en estas líneas, obras que resuelven la tensión entre la función formativa y la estética –tensión, por otra parte, tradicionalmente vinculada a la literatura que también leen los jóvenes– de la única manera posible, siempre a favor de la primera porque no puede existir otra cuando es de arte de lo que hablamos.

En Cejunta y Gamud se publicó en el año 1969 en Caracas. Tardó diecisiete años en llegar a España y “algunos años más” en estar en el mercado como libro recuperado por Media Vaca de la mano de Vicente Ferrer. Mientras nosotros nos entreteníamos con *Marcelino, pan y vino*, hubo algunos jóvenes allende los mares que leyeron obras como la que hoy traemos a este espacio. Y así se nos negó no sólo el tiempo de crecer sino también las palabras iluminadas que nos aproximan a dos pueblos con unas costumbres tan poco correctas como inquietantes por la propia familiaridad de algunos trazos. Sólo nos queda desear que no vuelva a suceder. Nadie nos puede negar la posibilidad de formarnos en la provocación, de sonreír al descubrir en las paredes escrito el aforismo: “No basta ser imbécil por la mañana, hay que serlo también por la tarde”. No se asuste el lector, las palabras estaban tachadas, porque en *Cejunta y Gamud*, se puede demostrar una idea y su contraria. ¿Sólo ocurre así en *Cejunta y Gamud*? El lector sabrá juzgar. 

Rosa Taberero

Especialista en LIJ y Profesora Titular del Departamento de Didáctica de las Lenguas, Ciencias Humanas y Sociales. Universidad de Zaragoza. Autora de *Nuevas y viejas formas de contar*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005 y coordinadora de *Contar en Aragón. Palabra e imagen en el discurso literario infantil y juvenil*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006.

Notas

- (1) MAINER, J. C. “Antonio Fernández Molina: la invención del artista”. En: *Antonio Fernández Molina. El poeta multiplicado*. Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza/Universidad de Zaragoza/Gobierno de Aragón, 2005.
- (2) Antonio Fernández Molina (Alcázar de San Juan, Ciudad Real, 1927-Zaragoza, 2005) publicó libros de poesía, relatos, novelas y ensayos sobre arte y literatura. *El cuello cercenado* (Colección “Doña Endrina”, nº 13, Guadalajara, 1955; Caracas: Revista *Árbol de fuego*, 1974; Zaragoza, colección “Poemas”, 1977; Zaragoza, colección “Gabirol”, 1991; Zaragoza, colección “El Último Parnaso”, 1997; Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2004; Vigo: Villalobos, Serigrafía Artística, 2005), *Sonetos crudos* (Madrid: Heliodoro, 1985), entre los libros de poemas *Solo de trompeta* (Madrid: Alfaguara, 1965; Madrid: Prensa Iberoamericana, 1987 y 1988) *La llama invisible* (Zaragoza: Libros del Innombrable, 2002), entre las novelas *Aroma de galletas: poemas y cuentos* (Valencia: Media Vaca, 1999; México: Secretaría de Educación Pública, 2004), entre los libros de relatos *Todos los días son espléndidos* (Zaragoza: Gobierno de Aragón, 1994), en teatro breve. Estuvo vinculado a numerosas revistas literarias, entre las que destacan *Doña Endrina* como director y *Despacho Literario*, dirigida por Miguel Labordeta o *Papeles de Son Armadans*, dirigida por Camilo José Cela. Fue además pintor y ensayista con una extensa trayectoria de exposiciones y colaboraciones escritas. Una cumplida y exacta nota de la obra de Fernández Molina puede consultarse en *El poeta multiplicado*, ob. cit.
- (3) FERNÁNDEZ MOLINA, A. *Fragmentos de realidades y sombras*. Zaragoza: Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2003.
- (4) FERNÁNDEZ MOLINA, A. (1998). *Picasso escritor*. Madrid: Biblioteca Universitaria, 1998, pp. 37-38.
- (5) Cit. por E. MOGA. “La poesía de Antonio Fernández Molina: Una aventura alquímica”. En: *Antonio Fernández Molina. El poeta multiplicado*, ob. cit.
- (6) J. C. MAINER, ob. cit., p. 16; E. MOGA, ob. cit.
- (7) Una buena introducción a mundo narrativo de A. Fernández Molina la escribe J. L. Calvo Carilla en “Fernández Molina, novelista”. En: *Antonio Fernández Molina. El poeta multiplicado*, ob. cit.
- (8) LAGMANOVICH, D. *El microrrelato. Teoría e historia*. Palencia: Menoscuarto Ediciones, 2006.
- (9) CALVO CARILLA, J. L. Entrevista a Antonio Fernández Molina. *Quimera*. nº 255-256, Abril 2005.
- (10) — ob. cit.
- (11) — ob. cit.
- (12) SALINAS, P. *El defensor*, Madrid. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- (13) Alejandro Magallanes ha ilustrado más de quince libros para niños, entre ellos: *Cuando las ranas duermen* (Gobierno de la Ciudad de México, 2000), *Adivinancero* (Nostra Ediciones, 2003), *Jueguero* (Nostra Ediciones, 2005) y *Kikiriki* (Nostra Ediciones, 2005). También ha escrito dos: *Esto no es* (Editorial SM, 2005) y *Ven Hada* (Editorial SM, 2006). Junto con Leonel Sagahón fundó La Máquina del Tiempo, un estudio que se dedica desde 1996 a la elaboración de proyectos de comunicación gráfica. Sus carteles han sido premiados en numerosos países. Hasta la fecha ha realizado más de trescientos, que han sido expuestos en Polonia, Japón, Canadá, Francia, Holanda, Argentina, República Checa, España, México y otros muchos lugares. Perteneció a los colectivos El Cartel de Medellín, La Corriente Eléctrica y Fuera de Registro, y desde 2004 es miembro de la AGI (Alliance Graphique Internationale).
- (14) NODELMAN, P. “Todos somos censores”. En: *Un encuentro con la crítica y los libros para niños*. Caracas: Banco del Libro, 2001.
- (15) PETIT, M. (2001) *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001; CARRANZA, M. “Algunas ideas sobre la selección de textos literarios”. En: *Imaginaria*, 2007, nº 202, Buenos Aires.